

XXIV

Magdalena estaba aún más confusa que Francisco, y hubiera querido ir á interrogarle más y á consolarlo; pero se lo impidió Mariquita, que vino, en una actitud extraña, á hablarle de Juan Aubart y anunciarle su petición. Magdalena, que no podía apartar de su cabeza la idea de que todo aquello era efecto de una riña de enamorados, trató de hablarle de Francisco; á lo cual Mariquita contestó en un tono que la afligió mucho, y que no pudo comprender.

— Yo soy una muchacha honrada, y no porque mi pobre hermano haya muerto, dejaré que ofendan mi honra. Yo no dependo de nadie más que de mí, y si la ley me obliga á pedirle á usted consejo, no me obliga á escucharla cuando me aconseje mal. Le ruego, pues, que no me contraríe ahora, porque yo podría contrariarla más tarde.

— No sé lo que usted tiene, hija mía, le dijo Magdalena con mucha dulzura y tristeza; me habla como si no me tuviera estimación ni amistad. Pienso que alguna contrariedad le conturba en este momento el espíritu; ruégole, pues, que deje pasar tres ó cuatro días para decidirse. Diré á Juan Aubart que vuelva, y si piensa usted lo mismo después de un poco de re-

flexión y de tranquilidad, como es hombre de bien y bastante rico, la dejaré á usted libre de casarse con él. Pero se halla usted en una precipitación que le impide examinarse á sí misma y cierra su juicio á mi amistad. Eso me causa mucha pena, pero como veo que usted también sufre, se lo perdono.

Mariquita meneó la cabeza para dar á entender que despreciaba aquel perdón, y fué á ponerse el delantal de seda para recibir á Juan Aubart, que llegó una hora después con la Severa, endomingada.

Magdalena, de esta hecha, empezó á pensar que verdaderamente Mariquita le tenía tirria, y que era una maldad traer á su casa, para un asunto de familia, á una mujer que era su enemiga y á quien ella no podía ver sin sonrojarse. Sin embargo, la recibió cortésmente y le sirvió un refresco sin mostrar despecho ni rencor. Temía sacar de tino á Mariquita si la contrariaba. Dijo que no hacía oposición á la voluntad de su cuñada, pero que pedía tres días para contestar.

Severa le replicó con insolencia que el plazo era muy largo, y Magdalena repuso tranquilamente que era muy corto. Juan Aubart se retiró, riendo como un estúpido que era, pues estaba en la creencia de que Mariquita estaba loca por él. Había pagado para creerlo, y la Severa se lo hacía creer proporcionalmente á sus arras.

Al marcharse, ésta dijo á Mariquita que había mandado hacer en su casa una torta y masa frita para los



SEVERA FUÉ Á CHARLAR CON MARIQUITA AL PIE DEL MANZANO FLORIDO

esponsales, y que, aun cuando la señora Blanchet los retrasaba, había que comer las golosinas. Magdalena quiso decir que no estaba bien que una muchacha se fuese con un joven que aun no había recibido palabra de casamiento.

— Entonces no iré, dijo Margarita encolerizada.

— Sí, sí, debe usted venir, replicó la Severa. ¿No es usted dueña de sí misma?

— No, no, repuso Mariquita, usted ve que mi cuñada me prohíbe ir.

Y entró en su cuarto cerrando la puerta; pero no hizo más que pasar por él, y saliendo por la puerta trasera de la casa, fué á juntarse con la Severa y el galán al extremo del prado, riendo é insolentándose contra Magdalena.

La pobre molinera no pudo retenerse de llorar al ver la marcha de las cosas.

— Francisco tiene razón, pensó, esa chica no me quiere y su corazón es ingrato. No quiere comprender que obro por su bien, que deseo su felicidad, y que quiero impedirle hacer una cosa de que se arrepentiría. Ha escuchado malos consejos, y estoy condenada á ver á esa desdichada Severa introducir la aflicción y la malicia en mi familia. No he merecido todas estas penas, y debo someterme á la voluntad de Dios. Afortunadamente para mi pobre Francisco, él ha visto más claro que yo. ¡Cuánto hubiera sufrido con semejante mujer!

Le buscó para decirle lo que pensaba de todo aque-

llo; pero lo encontró llorando cerca de la fuente, y, figurándose que sufría por Mariquita, le dijo todo lo que pudo para consolarlo. Pero cuanto más se esforzaba en ello tanto más le apenaba, porque era prueba de que no quería comprender la verdad y de que su cariño no se trocaría en el amor que él deseaba.

Por la noche, estando Juanito acostado y dormido en su cuarto, Francisco se quedó un rato con Magdalena, tratando de explicarse. Y empezó por decirle que Mariquita estaba celosa de ella, y que Severa profería palabras y mentiras abominables.

Pero Magdalena no veía malicia alguna en ello.

— ¿Qué pueden decir de mí?, dijo simplemente. ¿Qué celos pueden meter en la cabeza de esa pobre loquilla de Mariquita? Te han engañado, Francisco, hay otra cosa: alguna razón de interés que sabremos más tarde. En cuanto á los celos, eso no es posible; no estoy ya en edad para inquietar á una muchacha joven y bonita. Tengo cerca de treinta años, y para una campesina que ha pasado muchas penas y fatigas, es una edad para ser tu madre. Sólo el diablo se atrevería á decir que te miro de otra manera que como á hijo, y Mariquita debe de ver perfectamente que yo deseaba casaros. No, no, no creas que tenga tan mala idea, ó no me lo digas, hijo mío. Sería demasiada vergüenza y demasiada pena para mí.

— Y sin embargo, dijo Francisco, esforzándose por hablar aún del asunto, y bajando la cabeza sobre la lumbre para impedir que Magdalena viese su turba-

ción, ¡el señor Blanchet tuvo una mala idea así cuando me echó de casa!

— ¿Sabes eso, Francisco?, dijo Magdalena. ¿Cómo lo sabes? Yo no te lo había dicho, ni te lo hubiera dicho jamás. Si Catalina te ha hablado de eso, ha hecho mal. Semejante idea debe chocarte y apenarte tanto como á mí. Pero no pensemos más en tal cosa, y perdonémosle á mi difunto marido. La abominación recae sobre la Severa. Pero ahora la Severa no puede estar celosa de mí. Yo no tengo marido, soy tan vieja y fea como podía ella desear entonces, y no lo siento porque esto me da derecho á ser respetada, á tratarte como á hijo, á buscarte una mujer joven y bonita que esté contenta de vivir á mi lado y me quiera como á su madre. Este es todo mi deseo, Francisco, y la encontraremos, pierde cuidado. Peor para Mariquita si no quiere comprender la felicidad que yo le hubiera procurado. Anda, vete á acostar, y sé animoso, hijo mío. Si yo creyese ser un obstáculo para tu matrimonio, te diría que te marchases en seguida. Pero ten la seguridad de que no puedo inquietar á nadie, y que nadie supondrá jamás lo imposible.

Francisco, escuchando á Magdalena, pensaba que tenía razón, tan acostumbrado estaba á creerla. Levantóse para darle las buenas noches, y se fué; pero al cogerle la mano, por primera vez en su vida se le ocurrió mirarla con la idea de saber si era vieja y fea. Á fuerza de mostrarse juiciosa y triste, se hacía ella sobre esto una idea falsa, pues era aún realmente tan

guapa como lo había sido en sus mejores tiempos.

De pronto Francisco la vió joven y la encontró sumamente hermosa, y el corazón le palpité como si hubiese subido á lo alto de un campanario. Y se fué á acostar en su molino donde tenía su cama muy limpia sobre un tablado en medio de los sacos de harina. Y cuando estuvo allí solo, se puso á temblar y á ahogarse como acometido de fiebre. Acababa de sentirse por primera vez abrasado por una gran llamarada salida del fuego que durante toda su vida había calentado suavemente bajo la ceniza.

XXV

Desde aquel momento el expósito estuvo triste, tan triste que daba pena verlo. Trabajaba como cuatro, pero ya no tenía alegría ni reposo, y Magdalena no podía hacerle decir lo que tenía. Por más que juraba no tener cariño ni pena por Mariquita, Magdalena no quería creerlo, y no encontraba otra razón que explicase su pena. Se afligía de verlo sufrir y de haber perdido su confianza, y se asombraba de encontrar al joven tan obstinado y altivo en su despecho.

Como era enemiga de importunar á nadie, tomó la resolución de no volver á hablarle de tales cosas. Trató aún de atraer á Mariquita, pero fué tan mal recibida por ésta, que desistió de toda otra tentativa. Sentía en el corazón una grande angustia, pero la disimulaba por no aumentar la pena de los demás.

Francisco la servía y asistía con el mismo celo que antes, y como antes le hacía compañía todo el tiempo posible. Pero ya no le hablaba de la misma manera. Siempre estaba turbado al lado de ella. En un instante se le encendía el rostro y luego se ponía blanco como la nieve. Magdalena le creía enfermo, y le tomaba el pulso para ver si tenía fiebre; pero Francisco se retiraba de ella como si al tocarle le hubiese hecho